

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

De Pitiantuta a Vilcabamba

ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ



en
Alianza
EDITORIAL

De Pitiantuta a Vilcabamba

ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

De Pitiantuta a Vilcabamba

ILUSTRACIONES DE GERARDO BARÓ

en
Alianza
EDITORIAL



©ALEJANDRO HERNÁNDEZ Y VON ECKSTEIN

©De esta edición 2020, Editorial En Alianza S.A.

Juan de Salazar 486 entre San José y Boquerón

Tel.: (021) 22 22 15 (R.A.)

www.editorialenalianza.com.py

Presidenta

CARMEN DA COSTA DE GALEANO

Jefe de diseño y producción

MARCELO L. TORTEROLO

Ilustraciones

GERARDO BARÓ

Edición

GABRIELA MURDOCH Y MARÍA JOSÉ PERALTA

www.tulibropy.com

Diseño

SILVANA ISASI PECCI

ISBN: 978-99967-990-8-2

Impreso en Paraguay. *Printed in Paraguay*

Primera edición: julio de 2020

Prohibida su reproducción total o parcial,
por cualquier medio, sin permiso
por escrito del editor.

A Alejandro von Eckstein, Ivan
Belaieff, Basilio Serebriakoff y
a todos los inmigrantes rusos
blancos que ofrecieron sus
vidas y conocimientos para el
engrandecimiento del Paraguay.

1

Claudita

Primer día en mi nueva escuela

«Nunca hay una segunda oportunidad para causar una primera buena impresión». Me pregunto, este irlandés Wilde, ¿habrá estado alguna vez en una situación como la mía? Imagínense: tengo que mudarme de ciudad y de escuela, y, debido a esta mudanza, empiezo las clases casi veinte días después que el resto de mis compañeros, quienes, de seguro, me mirarán como si yo fuera sapo de otra laguna. Para peor de males, todas mis cosas están todavía en cajas y no encuentro ni la mitad de ellas. Y encima, ¡voy a ser compañera de Jorge y Nahuel! Por un lado, siempre es bueno tener conocidos en un lugar nuevo, pero ellos...

—¡Claudia! ¡Apúrate, vas a llegar tarde!

Esa es mi mamá, que grita desde la planta baja.

—Ya, ma, ¿no viste mi hebilla de la suerte? —le pedí mientras bajaba volando la escalera.

—¿No te parece que está un poco viejita? —me respondió mamá mientras sostenía mi hebilla en la mano con la mirada en el pequeño escarabajo egipcio de

cerámica, alguna vez azul, que la adornaba.

—También está viejito ese teodolito que te regalieron cuando terminaste el secundario, y lo seguís usando. Todos los primeros días de clase, desde jardín, la he usado y hoy no será la excepción —dije mientras me colocaba la hebilla en el cabello—. Ahora sí, vamos.

Llovía. Subimos en el viejo Citroën de mamá y tras unos minutos de lucha con el caótico tránsito asunceno y los raudales, cruzando los dedos para no caer en algún bache, llegamos a mi nueva escuela. Me despedí de mamá, abrí el paraguas y corriendo subí las escaleras.

—¡Buenos días! Soy Claudia Benítez y debo integrarme al séptimo B —dije con mi mejor sonrisa a la secretaria.

La mujer me devolvió la sonrisa, al mismo tiempo que escuché a alguien hablar detrás de mí:

—¿Le parece correcto llegar tarde el primer día de clases, señorita?

Empezamos mal. Giré lentamente y me encontré a la profesora Elisa, con el ceño fruncido y las manos en jarra. Un trueno sonó estrepitoso y se cortó la luz por unos segundos. Si bien unos meses atrás había conocido de vista a aquella profesora, solo ahora comprendía por qué la apodaban *la Gorgona*.

—No se preocupe, Cristina, yo llevaré a la alumna al aula —dijo la profesora, indicándome que la siguiera.

—Disculpe, se nos hizo tarde... Ayer llegamos de

Paraguairí y usted sabe..., las mudanzas... —balbuceé.

—Nadie mejor que usted sabe que la hora es la hora. El tiempo no espera.

Caminamos por un largo pasillo y nos detuvimos delante de una puerta. Cuando la profesora la abrió, vi una lluvia de bollitos de papel y pedacitos de tiza que surcaban los cielos del aula. Un avión de papel, que partió de la mano de Nahuel, fue interceptado por un proyectil lanzado por Jorgi provocando que la aeronave, al desviarse, se estrellara en la frente de la docente.

Silencio absoluto. La educadora, con la cara roja, clavó su mirada de hielo en mi primo y en el pobre Nahuel.

—Jorge Benítez, Nahuel Gatti... ¿Por qué será que no estoy sorprendida?

Jorge dijo frases inconexas mientras lentamente se sentaba en su pupitre, y el pobre Nahuel, el más alto y, digamos, robusto de la clase, rojo como un tomate, se disculpó:

—Fue sin querer, profe, el avioncito fue desviado de su trayectoria inicial...

La profesora esperó en silencio a que todos se sentaran en sus respectivos lugares, y con el polvo todavía flotando en el aire habló:

—Les presento a Claudia Benítez. Desde hoy será su compañera. Puede sentarse ahí, señorita. —Señaló un pupitre vacío junto a la ventana y esperó a que me

acomodara. Hurgó en su cartera, se colocó sus lentes y dijo—: Ahora que tengo su atención y aprovechando que hoy, al parecer, es un buen día para realizar evaluaciones de aerodinámica y balística, ¿qué les parece si sacan una hoja y les tomo un breve examen sobre los principales temas vistos el año pasado en mi clase?

La Gorgona comenzó a escribir en el pizarrón. De más está decir que veintisiete pares de ojos se clavaron en Jorgi, Nahuel y en mí. Y el día recién comenzaba...

Cuando volvimos del recreo, comenzó la hora de Ciencias Sociales.

—Si la Gorgona te pareció terrorífica, esperá a ver a la profe Hipatia —comentó una niña que se sentaba detrás de mí.

—¿Hipatia?, ¿como la de Alejandría? ¿Es un apodo?

—No, Hipatia Arias es su nombre —comentó Nahuel justo cuando la puerta se abrió y entró una mujer de unos sesenta años, baja, delgada y de largo cuello. Su cabello rizado, peinado en forma de rodete, hacía destacar su armónico rostro, con grandes ojos almendrados, nariz afilada y boca, mentón y pómulos ovalados.

—Buenos días —saludó—. A ver, ¿quién me puede decir qué estoy haciendo en este salón?

—Si usted no lo sabe, nosotros menos —murmuró un niño creyendo que la profesora Arias no podría oírlo.

—El jurista y escritor Marcos Tulio Cicerón dijo: «Si quieres aprender, enseña». Carmouse, ¿podría ex-

plicarnos lo que quiso decir este pensador? —preguntó al impertinente niño.

—¿Que los profesores no saben nada? —bromeó, rojo de vergüenza.

—¿Alguna otra respuesta? ¿Gatti?

—¿La frase podría tener relación con el dicho atribuido a Sócrates: «Solo sé que no sé nada»? —contestó dubitativo Nahuel mientras yo levantaba la mano.

—¿Alguien más? Señorita, ¿su nombre es...?

—Claudia Benítez. Mi mamá dice que hasta el hombre más sabio, por más doctorados que tenga, nunca termina de aprender. Galileo Galilei solía decir: «Nunca he encontrado una persona tan ignorante de la que no se pueda aprender algo».

—Cuando termine de hablar me despiertan, por favor —masculló Carmouse.

—Muy interesante, señorita Benítez. ¿Y para qué quiero aprender algo que no me interesa? —interrogó la docente mientras de reojo observaba a los niños que rodeaban a Carmouse y que reían con él.

—Porque puede ayudarnos a comprender mejor lo que nos rodea, y, como dijo su tocaya Hipatia de Alejandría: «Comprender las cosas que nos rodean es la mejor preparación para comprender las cosas que hay más allá».

—¿Usted ha leído sobre aquella maestra neoplatónica griega?

—Me gusta leer, en especial, sobre historia antigua, Grecia clásica y el antiguo Egipto.

—También sabe leer jeroglíficos, entre otras...

—Uf, lo que nos faltaba. ¡Otra *nerd!* —resopló con superioridad otro niño interrumpiendo a Jorge.

—¿Tiene algo para acotar, Pereira? —preguntó la profesora visiblemente molesta con el maleducado.

—Sí, profesora, pero esta es una clase de Historia, no de Filosofía. Mi padre trabaja en el Ministerio de Educación y...

—Es interesante su punto, joven Pereira, y puede quedarse tranquilo que de aquí a fin de año se completará totalmente el programa académico. Lo que no quita que en esta clase se toquen temas que, a mi parecer, complementan y completan los temas propuestos por el ministerio.

—Pero yo pienso que...

—Lo felicito que piense y que defienda su derecho de pensar, porque es mejor pensar erróneamente que no pensar.

Con esta última intervención, la profesora Arias dio por terminado este pequeño debate, desplegó un mapa de América del Sur en el pizarrón, y se puso a hablar sobre las características de los guaraníes y el territorio que ocupaban.

Un viaje inesperado

Luego de dejar a Claudita en su nueva escuela, fui a la Secretaría Nacional de Cultura, donde asumiría el cargo de directora del Departamento de Arqueología. Apenas terminé de acomodar mis escasas pertenencias, la secretaria de gabinete me avisó que tenía una reunión con el ministro. Así que subí las escaleras del antiguo edificio y entré al despacho, donde estaban el ministro, una mujer y dos hombres.

—Buenos días, Alison, pase. Le presento a don Juan Humala, embajador del Perú, y a los arqueólogos Patricia Quispe y Miguel Vidaurre.

—Encantado de conocerla, señora Benítez —me saludó el embajador estrechándome fuertemente la mano—, he leído la nota que la agencia EFE les realizó a usted y su hermano sobre el hallazgo en Villa Florida. Estoy muy impresionado.

—Le agradezco el elogio, aunque lamentablemente poco y nada quedó de ese descubrimiento. Todo fue robado, inclusive mi querida Olympus, con la cual había

registrado todas aquellas maravillas arqueológicas.

—¿Se refiere a esta? —dijo sacando de su maletín mi cámara fotográfica, en cuyo estuche estaban bordadas mis iniciales.

—¿Cómo la consiguió? —pregunté sorprendida.

—El doctor Machiavelli fue apresado hace una semana, gracias a un meticuloso trabajo de nuestro servicio de inteligencia. Nosotros mismos participamos de aquel procedimiento —respondió el arqueólogo, a la vez que me extendía la mano para saludar—. El infeliz pretendía vendernos una estatua de oro de quince centímetros de altura del dios Huiracocha¹ y otras reliquias fotografiadas con esta cámara.

—¿Entonces recuperaron las piezas arqueológicas?

—Lamentablemente, no —respondió la doctora Quispe—. Cuando iba a darnos más datos sobre el resto de las piezas, las fuerzas policiales intervinieron, lo apresaron y trasladaron a Lima, donde, antes de ser interrogado, sufrió un infarto y murió.

—¿Y de la doctora Afrodakis no supieron nada? —les pregunté.

—Machiavelli nunca la nombró, solo supimos de ella al leer el reportaje mencionado por el señor embajador —afirmó el doctor Vidaurre.

—Entiendo, pero estoy segura de que no han veni-

¹ Dios del Tahuantinsuyo.

do hasta Asunción a devolverme la cámara fotográfica.

—Tiene razón —respondió el embajador—. Mi Gobierno quiere que usted y su hermano sean parte de una expedición a Vilcabamba².

—Es precisamente aquella estatua de Huiracocha y su teoría sobre el Amaru Ñan lo que nos llevó a pedir por ustedes —dijo la doctora Quispe, extendiéndome una fotografía de la pieza recuperada.

En la base de esa pieza se mostraba el dibujo triangular que el doctor Machiavelli relacionaba con un hipotético camino subterráneo preincaico, que recorría América de punta a punta y del cual también se hacía referencia en un antiguo manuscrito que había estudiado con mi hermano hacía varios años.

—Es un honor que hayan pensado en nosotros y estamos dispuestos a compartir toda la información que poseemos; pero, como les habrá comentado el señor ministro, hoy asumo un nuevo cargo y tengo mucho que organizar. En cuanto a mi hermano, creo que la respuesta será similar, debido a los múltiples compromisos asumidos —les expliqué a los visitantes.

—Alison, debe aceptar —sugirió el ministro—. El proyecto que me presentó sobre los cambios que desea realizar ya está aprobado y su vicedirector, Brígido

² Última capital del Tahuantinsuyo, que cayó en manos españolas en el año 1572, luego de 35 años de resistencia.

Bogado podrá comenzar a tomar las medidas necesarias para ponerlo en práctica hoy mismo. Por otra parte, los trabajos en Villa Florida y las otras tres excavaciones en curso están bastante adelantados. El resto puede posponerse un par de meses. He hablado con el presidente de la República y está de acuerdo con que usted y su hermano vayan a Perú. De hecho, en este mismo momento, su hermano está teniendo una reunión similar a esta con el rector de la Universidad Nacional.

—Señor ministro, usted me conoce, cuando tomo una responsabilidad, la asumo al cien por ciento. Pero por lo visto la decisión fue tomada y no me puedo negar.

—Partiré a Lima en una semana. Me encargaré personalmente de que se agilice todo lo relacionado con esta misión —dijo el ministro dando por terminada la reunión.

Luego de reunirme con mis funcionarios e informarles sobre lo conversado con el ministro, fui en busca de los arqueólogos a su hotel y nos dirigimos al bar San Roque, pues habíamos quedado en almorzar juntos.

Les comenté que era uno de los bares asuncenos más tradicionales. Al empujar las puertas de color verde del local, vi a un escritor que conocía sentado a una de las mesas, vestido de traje y corbata. De cabellos y barba grises, bigotes entrecanos y una gran y afable sonrisa, se levantó ni bien me vio dejando en evidencia

su elevada estatura.

—¡Qué tal, socia! Me enteré de tu nombramiento, ¡felicidades! —saludó con su manera tan peculiar y característica.

—¡Emilito, tanto tiempo sin verte!

—Casi nueve años...

—Te presento a los arqueólogos peruanos Patricia Quispe y Miguel Vidaurre. Mi hermano y yo iremos a Perú con ellos. ¿Lo podés imaginar? ¡Una expedición al Perú!

—Mucho gusto, señorita, señor, Emilio Pérez Chaves para servirles. —Saludó estrechando efusivamente la mano al doctor Vidaurre y dando dos besos en la mejilla a la doctora Quispe.

—En Paraguay se dan dos besos a las mujeres; es para que no se queden solteras —comentó el escritor a la ruborizada mujer.

Invité a Emilito a compartir la mesa con nosotros, pero se excusó:

—Disculpá, socia, es que tenemos una reunión con escritores del Pen Club Paraguay y no tardarán en llegar. Ahora que estás en Asunción no faltará oportunidad para tomar un café.

Pasamos a otro de los salones y pedimos el famoso bife a caballo con arroz *kesu*, además de dos grandes porciones de chipa *so'ò*. La conversación fue amena. Charlamos sobre experiencias vividas en nuestras carreras y

los problemas similares que enfrentamos, como la falta de recursos económicos y, sobre todo, la burocracia, que da cierta ventaja a los expoliadores. En un momento dado, le pregunté a Patricia sobre el lugar donde íbamos a trabajar.

—Como sabes, Alison, Vilcabamba fue la última capital del imperio Tahuantinsuyo. Si bien algunos historiadores creen que los restos de esta ciudad son las ruinas conocidas como Espíritu Pampa, el profesor Santiago del Valle Chousa, de la Universidad Complutense, cree haberla descubierto recientemente en la zona del nevado Choquezafra.

—Estoy al tanto de esa investigación que comenzó, si mal no recuerdo, en 1997, y que ubicó Hatun Vilcabamba en un valle al noreste del nevado Choquezafra. Pero no tenía conocimiento de que aquellos restos arqueológicos fueran oficialmente reconocidos como los de Hatun Vilcabamba.

—La Resolución 616/2012 de la Dirección de Patrimonio Cultural declaró que esos primeros hallazgos coincidirían con las descripciones de la última capital del Tahuantinsuyo, Hatun Vilcabamba —señaló Vidaurre.

De la rutina a la aventura

—Hola, Jorge. ¿Vas a tu curso de guitarra?

—Buenas tardes, doña Martha —respondí el saludo a la bibliotecaria del Centro Paraguayo-Japonés—. En realidad, estoy volviendo de ahí. Hoy, el profe Rolando tuvo que cancelar la clase porque graba su nuevo cedé.

—¿Y qué te parece si me acompañás a la biblioteca? Hace mucho que no te veo por ahí.

—Es verdad, es que busco en Google todo lo que necesito.

—Esa es una herramienta muy útil, pero en la biblioteca podés encontrar libros muy interesantes. Nahuel y tu prima van casi todos los días. Yo estoy yendo para allá, ¿qué te parece si te invito a merendar? Si ellos están, podemos merendar todos juntos —dijo mientras me pasaba un aromático bollo relleno de dulce de guayaba que extrajo de un paquete.

—¡Gracias!, usted sí que sabe convencer, doña Martha —dije riendo mientras aceptaba el bollo y subía a su viejo Daewoo Cielo.

En el camino, iba pensando en que hacía solo doce días que Claudita se mudó a Asunción y cinco que vivía en casa, desde que su mamá viajó al Perú. No es tan divertido como pensé que sería. En un principio, supuse que Nahuel, Claudita y yo podríamos hacer frecuentes viajes en el tiempo, pero, hasta ahora, el único viaje que hacemos es al colegio, en colectivo o en la camioneta del papá de Nahuel. Para colmo, Nahuel ya no juega videojuegos conmigo, porque ahora se la pasa soñando despierto y buscando cualquier excusa para estar con Claudia. ¡Hasta va a la biblioteca para encontrarse con ella!

Doña Martha me pidió que la siguiera a la oficina contigua a la biblioteca, donde, para mi sorpresa, se encontraba la profe Arias conversando animadamente con Nahuel y Claudia.

—¡Hola, Jor! —saludaron al unísono Nahuel y mi prima.

—Hola, chicos. Buenas tardes, profesora Arias.

—Buenas tardes, Jorge. Siéntate con nosotros. Y dejemos lo de «profesora Arias» para los lunes y jueves, en horas de clase. Fuera del colegio soy, simplemente, Hipatia.

—¡Jor, mirá lo que me acaba de regalar Hipatia! —dijo Nahuel agitando un libro—. Lo escribió mi tío bisabuelo, trata sobre el descubrimiento de la laguna Pitiantuta.

—Fue el primer libro que leí después de mi accidente —confesó la docente—. Me gustó mucho, y al enterarme de que Nahuel era pariente de uno de los expedicionarios, pensé que le gustaría y se lo traje.

—No sabía que había tenido un accidente...

—Así es, Jorge, fue hace cinco años. Estuve internada en terapia intensiva por casi seis meses. Al parecer, mientras escalaba el Amambay, otro montañero y yo fuimos atacados por terroristas y arrojados desde un barranco. Nos salvamos milagrosamente. Tanto mi compañero de infortunio, quien recibió dos disparos, uno en la cabeza y otro a milímetros del corazón, como yo no recordamos nada del incidente ni de nuestra vida antes de ese momento. Al despertar, solo sabía que me llamaba Hipatia y que mi profesión era docente. Mi apellido se supo por un recibo que encontraron en el bolsillo del pantalón que llevaba puesto. Mi compañero solo recordaba llamarse Héctor y haber vivido en Toledo, España. Como nuestras huellas digitales no coincidieron con el banco de datos de la Policía Nacional y tampoco figuraban en ninguno de los registros de la Dirección General de Migraciones, se pidió informes a Interpol, pero el resultado fue el mismo. Nadie en el mundo nos conocía.

—Fue una gran suerte conocerte, amiga. ¿Quién me hubiera ayudado con las traducciones de esos libros antiguos rusos y griegos que nos donaron? ¿Sabían que

Hipatia tiene una facilidad asombrosa con los idiomas?
¿Puede traducir un documento escrito en cualquier lengua!

—No le crean, chicos. Martha exagera. En realidad, si no fuera por ella y sus contactos en la Policía y Migraciones jamás hubiera podido nacionalizarme y sin la profesora Elisa, hubiera sido muy difícil enseñar en una escuela como la de ustedes. En fin, de mi accidente solo me queda de recuerdo este costurón —dijo enseñando una cicatriz de unos siete centímetros en la zona del hueso occipital.

—¡Auch!, ¡ese golpe debió doler! —exclamé.

—¿Qué les parece si dejamos de hablar y merendamos? —Invitó Martha, colocando ante nosotros once bollos rellenos de dulce de leche o de guayaba.

Pasamos la tarde disfrutando de las masas y de la amena charla de la profe Arias. Conocía un montón y le gustaba compartir lo que sabía, en especial, todo lo referente a historia antigua. Y su manera de contarla era única. Combinando los relatos históricos con filosofía, matemática, astronomía, botánica y zoología, nos llevó a un viaje fantástico a través de la historia, hasta casi ser parte de esta...

Eran como las siete de la tarde cuando nos despedimos y regresamos caminando a nuestras casas.

—Hipatia es genial. ¿No será una viajera del tiempo?

—No inventes, Jor —dijo resoplando Claudia—.

De serlo, Martha lo habría dicho. ¿Para qué escondernos algo así?

—¿Y si en alguno de sus viajes hubiera aterrizado de cabeza y no sabe quién es? Por eso puede ser que la Interpol no haya encontrado datos de ella ni de su compañero —sugirió Nahuel.

—¡Uf! La fantasía es buena, pero ustedes exageran.

—Tenés razón, Clau, quizás hayan sido testigos protegidos y como no se acuerdan de quiénes son, los del FBI les dijeron a los de Interpol que no mencionaran nada y así se ahorran la plata...

—Y doña Martha es una agente encubierta y por eso le consiguió la nueva documentación —insinuó Claudia con tono burlón—. Ustedes dos son tal para cual. ¡Crezcan, maduren de una vez!

A la mañana siguiente fui en bicicleta a la casa de Nahuel para devolverle la mochila que había confundido con la mía al regresar de la biblioteca. Toqué el timbre y me atendió su mamá, quien me hizo pasar al jardín donde Miluchi, la fox terrier, me dio la bienvenida saltando y lamiendo mis manos.

—Hola, Miluchi, al parecer vos sí querés jugar conmigo —dije mientras la perrita empujaba con su hocico una pequeña pelota de plástico para que se la arrojara, hasta que Nahuel nos interrumpió. Él traía mi mochila.

—Hola, Jor, acá está tu mochila, mi papá me retó porque soy desatento.

—Mi mamá también me retó cuando quiso buscar mi tarea y vio tus cuadernos. Pero aproveché la confusión para leer parte del libro de tu tío bisabuelo. Refacha está, aunque parece que le falta algo...

—Y puede ser, mi mamá dice que tenía como 81 años cuando lo escribió, de seguro se le olvidó algo.

—La aventura que vivieron esos expedicionarios estuvo genial. Una pena que en la escuela no se enseñe esa parte de nuestra historia.

—Lo mismo dice mi tío. Si a un grupo de paraguayos se les pregunta por Malutín, Kasianoff o Sispanov, la mayoría responderá que son calles. Uno o dos tal vez identifiquen aquellos apellidos con oficiales rusos que lucharon por el Paraguay como si fuera su patria, de la cual tuvieron que escapar al perder la revolución contra los bolcheviques.

—¡Nahuel, tu teléfono está sonando —gritó su mamá desde la sala.

—Ya me imagino quién es —dije guiñándole un ojo a mi amigo.

Suponiendo que tardaría varios románticos minutos, seguí arrojándole la pelota a Miluchi. Pero Nahuel volvió enseguida y totalmente acelerado.

—¡El *Libro del Tiempo* apareció en la mochila de Claudita!

Inmediatamente nos despedimos de la mamá de Nahuel, subimos a nuestras bicis y nos dirigimos a casa.

Claudita estaba eufórica.

—Cuando terminé de ver un documental de arqueología subacuática sobre la antigua ciudad de Alejandría, me puse a hablar con tu mamá y ella recordó que tu papá tenía un libro sobre esa ciudad. Así que me lo prestó y se fue al gimnasio. Estaba leyendo cuando noté, de reojo, una luz fosforescente. Miré y vi que desde mi mochila comenzaba a elevarse, luminoso, ¡el *Libro del Tiempo*! ¿Y ahora qué hacemos?

—Y lo único que podemos hacer. Abramos el libro —propuse, y, al levantar la tapa, las hojas comenzaron a desprender una tenue luminiscencia azulina, que pronto inundó toda la habitación. Seguidamente, en un cegador estallido, el *Libro del Tiempo* desapareció.

—¿Y después? Seguimos acá —dijo Nahuel pasando la mano sobre la superficie de vidrio donde estuvo el libro apoyado—. Invisible no es...

—Nunca fue así... Alguien tendría que haber aparecido o desaparecido.

Desconcertados, salimos de la habitación cuando sonó el teléfono.

—¡Hola, Clau! ¿Cómo están? —Era tía Ali.

—¡Hola, ma! Estamos muy bien. En el colegio la estoy pasando mejor de lo que creía. La profesora de Ciencias Sociales es genial. Tenés que conocerla. ¿Por qué no llamaste antes?

—Es que ayer de tardecita llegamos. No te imaginás

lo inhóspito que es el lugar, con decirte que el vecino más cercano vive a un día de aquí. Te estoy llamando con un teléfono satelital, pero nos advirtieron que podemos quedarnos sin señal de vez en cuando. El lugar es bello: selva amazónica, cataratas, ríos torrentosos, montañas de 5000 y 6000 metros con picos nevados y... ¡Hatun Vilcabamba!, no tengo palabras para describir lo que estamos viviendo... Sí, ya, ya te paso... Claudia, tu tío quiere hablar con Jorge.

—¡Hola, pa! Por lo que escuché la están pasando genial.

—Mejor, imposible. Extrañaba esta sensación de libertad. Alejado de la ciudad y de la burocracia de la universidad. Ayer, ni bien llegamos, ¡volví a escalar una montaña con tu tía! Lo único que me falta para estar completo es que vos y mamá estén acá. Estoy seguro de que la pasaríamos espectacular.

—¡Nosotros dos, seguro! Ahora, mamá... acordate de la última vez que acampamos en Mbatovi y tuvimos que volver al día siguiente porque le picó una avispa y le dio alergia. Y cuando entró esa culebra ciega a la carpa... Y la vez que...

—Bueno, bueno, tampoco es para exagerar. ¿Está con ustedes ahora?

—No, fue al gimnasio.

—Envíale un beso de mi parte... Bueno, tenemos que dejarlos, otros miembros de la expedición también

tienen que hablar con sus familias... Ah, me olvidaba...
¿Por casualidad llegó un paquete enviado por el coronel Godoy?

—Yo no lo recibí, quizás, mamá. Le voy a preguntar.

—En el paquete hay dos uniformes paraguayos de la época de la Guerra del Chaco. Ni bien lleguen, quiero que los envíes a la tintorería y le digas a Liu Ching que son los uniformes de los que le hablé. Él sabe cómo proceder con ese tipo de reliquias. Bueno, chau, portate bien y no le hagas renegar a mami.

—¡Chau! Los quiero mucho. ¡Saludos a Nahuel!
—se escuchó gritar a lo lejos a la tía Ali antes de que se cortara la comunicación.

Minutos después llegó mamá del gimnasio con la encomienda para papá y, después de lamentarse de no haber podido hablarle, le invitó a Nahuel a comer.

Al terminar de lavar los platos, Claudita subió a su cuarto, y nosotros al mío. Entonces, Nahuel sugirió:

—¿Y si abrimos el paquete?

Había dos uniformes muy bien conservados. Una cosa llevó a otra y, en segundos, ¡nos habíamos puesto los uniformes! Nahuel, el de soldado, que parecía hecho a su medida, y yo, el de cabo.

Estábamos bromeando y mirándonos en el espejo cuando inesperadamente la puerta se abrió y entró Claudita.

—¿Qué están haciendo? Jor, si se entera tu papá...

En ese preciso instante, la luz azulina que minutos antes nos había iluminado volvió a encenderse y me hizo cerrar los ojos. Cuando los abrí nuevamente, estaba sentado junto a Nahuel en un puerto, entre lo que parecía la carga de un buque. Más allá, detrás de nosotros, un remolcador llamado Capitán Cabral estiraba dos chatas llenas de soldados de infantería. Dio la pitada de partida y se alejó.



4

Nahuel

Rumbo a Pitiantuta

—¡Schh, Nahuel!, ¡nos van a descubrir! No sabemos dónde estamos... —me dijo Jorge empujándome y haciendo que me escondiera.

Apretujados entre cajas, bolsas con yerba mate, galletas cuarteleras, sogas y redes, observé con detenimiento. El movimiento febril era típico de un puerto pujante. A metros de donde estábamos se veía una pequeña locomotora de trocha angosta enganchada a tres vagones y, un poco más allá, pude divisar carretas de inmensas ruedas tiradas por bueyes, cargadas con pesados troncos de quebracho, guiadas por menonitas. De pronto, en la barranca, sobre el muelle de madera, acompañados por un militar, reconocí a tres hombres vestidos de pantalón y camisa color caqui, cinturón ancho de cuero negro, altas botas de montar y casco de corcho como los usados por los expedicionarios del África. Dos de ellos eran de estatura mediana, mientras que el tercero era bajo, pero de fuerte musculatura.

—Yo sí sé dónde estamos. Mirá junto al muelle.

—¡Ndéra! ¿Esos no son tu pariente y el general ruso con el que descubrió la laguna de Pitiantuta?

—Así es y el otro debe ser Basili Serebriakoff. Estamos en Puerto Casado y te apuesto a que están a punto de iniciar la famosa expedición para descubrir...

No pude terminar de hablar cuando alguien me sujetó por la espalda y me tapó la boca, al tiempo que Jorge intentaba zafarse de otro, que lo sujetaba con fuerza. Un tercer hombre, con el cuerpo pintado de ocre, luciendo un tocado de largas plumas, una larga falda y tobilleras, también de plumas, se llevó el dedo índice a los labios indicando que hiciéramos silencio, para luego agacharse y dibujar en la tierra el diagrama del *Libro del Tiempo*. Sorprendidos, dejamos de hacer resistencia y pregunté:

—¿Ustedes son hombres de la luna? ¿Son guardianes del Amaru Ñan?

—*Arbota...*³, Amaru Ñan —expresó el chamacoco haciéndonos señas para que lo siguiéramos.

Luego de atravesar la pequeña ciudad de Puerto Casado y caminar casi todo el día, llegamos a un campamento donde alternaban chozas con carpas militares. Bajo la sombra de un árbol, atados a un palenque, aguardaban cinco bellos caballos y dos mulas. Un nativo, vistiendo un faldón de largas plumas, un collar de

³ *Correcto*, en chamacoco.

cuentas de vidrio, dos largas plumas a modo de aros y una bolsa de caraguatá colgada mediante una correa, nos hizo pasar a su choza y nos indicó que nos sentáramos en el suelo; luego extrajo de entre sus cosas una pipa, la encendió y se la ofreció a Jorge.

—Esteee, disculpe... no fumo —negó nervioso ante la insistencia del aborigen.

—Hace unos años, un desaire a un jefe chamacoco, como el que acaba de cometer con el cacique Chicherone, le hubiera costado la vida, cabo —dijo un militar que ingresó en la choza, y, seguidamente, le dijo algo al hombre en su lengua.

El chamacoco rio de buena gana, le dio una palmada en la espalda a Jorge y se retiró.

—Soy el teniente Hermes Saguier y ellos son Gariga y Kymaha, quienes me advirtieron de su presencia —dijo el militar, señalando a dos de los nativos que nos habían traído.

Como impulsados por un resorte, Jorge y yo nos paramos firmes y saludamos marcialmente... o por lo menos eso intentamos.

—Tranquilícense, muchachos. Sé bien que ustedes no pertenecen al ejército paraguayo. También sé que no son de esta época. Soy un facilitador.

Los facilitadores, si bien no son viajeros del tiempo, conocen de nuestra existencia y se encargan de proveernos todo lo necesario para pasar desapercibidos.

No quiero imaginar lo que hubiera pasado Clau sin la ayuda del capitán Ruiz Gato, facilitador en la época de la Independencia. ¿Se imaginan la cara que hubieran puesto Fulgencio Yegros, Atanasio Cavañas o el mismísimo Gaspar Rodríguez de Francia al ver a Claudia vestida con remera, *jeans* y *championnes*? ¿Qué hubiera sido de Jorge y de mí sin la ayuda de monseñor Roa, al llegar a la Villa Morra de 1930, o sin la de Julio Sotelo en la selva itapuense y en los saltos del Monday de 1820, con los lusitanos persiguiéndonos? ¿Qué hubiera sido de nosotros tres sin la complicidad de Brígido Bogado, el ayudante de la mamá de Clau y actual vicedirector del Departamento de Arqueología?

—¡Guau! —exclamó Jorge—. El teniente Saguier es un facilitador.

—Sí, qué facha, ¿viste?, es el mismo que está en el libro de mi tío bisabuelo Alejandro...

—Bueno, bueno, mucha información. Así que estaré en un libro, no creo merecer algo así. Prefiero no saber nada más de lo que ustedes sepan sobre mi persona.

—Ups, disculpe, se me escapó —dije avergonzado.

—Bueno, y ahora, antes que nada, habrá que cortarles el cabello de acuerdo al papel que interpretan. ¿Quién viene primero? —invitó sonriendo malévolamente mientras sacaba de su bolsillo una filosa navaja.

Con recorte de recluta, esa noche dormimos envueltos en unas mantas bajo las estrellas. Si no fuera

por los mosquitos, esa podría haber sido una de las mejores noches de mi vida. Y la aventura todavía no empezaba.

El sol ya estaba en lo alto y nos encontrábamos tomando tereré con Jorge y el teniente Saguier, cuando se escuchó a lo lejos el silbato de una locomotora.

—Ahí llegan nuestros compañeros de expedición, vengan, acompañenme a Punta Riel —dijo el teniente mientras acomodaba su uniforme, refiriéndose al lugar donde terminaban las vías.

Al llegar al sitio, distante a 145 km del río Paraguay, y mientras descargaban del vagón todo el material expedicionario, vimos descender al general Belaieff, seguido del capitán Serebriakoff, quien animadamente bromeaba en ruso con Alejandro von Eckstein.

—¡General! —saludó marcialmente el teniente Saguier mientras nosotros lo imitábamos.

—Descansen. Ellos son el capitán Serebriakoff y el señor von Eckstein —nos presentó el general.

—Espero que hayan tenido un buen viaje —dijo Saguier.

—Hasta aquí lo ha sido. Largo, pero bueno. ¿Le parece que esta vez encontraremos la escurridiza Pitiántuta? —preguntó, con afable sonrisa, el aguerrido y carismático general ruso haciendo referencia a las anteriores infructuosas expediciones.

—Por el futuro de la República, eso espero. Los



bolí⁴ están demasiado atrevidos y se adentran cada vez más en nuestro territorio...

—Entonces dejemos la conversación para después y preparémonos para partir.

—¡Así se habla, general! —grité entusiasmado ante el asombro de los presentes por mi inoportuno descontrol.

—El cabo... Dévalos y el soldado... Franco serán parte de la expedición. Aunque los vea un poco jóvenes son muy leales y valientes —afirmó el teniente Saguier, haciendo caso omiso a mi proceder e inventando esos apellidos ya que, aunque parezca mentira, nunca le habíamos dicho cuáles eran en realidad.

Jorge y yo ayudamos a cargar parte del equipaje de los viajeros, mientras el general, el teniente y el capitán caminaban delante de nosotros. Antes de llegar al campamento sentí que alguien me tocaba un hombro.

—Su entusiasmo es digno de un guerrero, soldado. Yo era muy parecido a usted —dijo, con un mal castellano, mi tío bisabuelo, palmeándome la espalda.

—Gracias, señor... von Eckstein.

—Usted me cae bien, soldado, y sus ojos me hacen recordar a los de mi hermana Irina. ¿Sabía que ella es bailarina en Europa?

—Sí, lo sé..., este..., bueno, sé porque usted me

⁴ Boliviano, proveniente de Bolivia.

lo está diciendo, si no, cómo podría saberlo si usted no me lo ha dicho.

—Soldado Franco, lleve ese equipaje junto con los demás pertrechos y no moleste al señor von Eckstein —interrumpió Jorge para evitar que siguiera metiendo la pata.

Un fuerte aroma a guiso de carne con papas llegó a mi nariz haciendo que se me abriera el apetito.

—Mmm..., papas con carne, ¡eso sí que me gusta!
—Escuché decir detrás de mí. Era evidente que no solo la genética teníamos en común.

En la ciudad del faro

Antes de abrir los ojos un fuertísimo olor a resina me hizo fruncir la nariz. El calor era sofocante y la negra noche tachonada de estrellas me cubría. Observé a mi alrededor y descubrí que me encontraba en una terraza de forma hexagonal construida con blancos, suaves y bien pulidos bloques de mármol, rodeada por una muralla de no más de un metro. En el centro de esta terraza se levantaba una especie de glorieta, donde altas columnas, también de mármol, sustentaban una especie de cúpula cónica sobre la cual se elevaba la estatua dorada de un hombre. Dentro de la glorieta, altas llamas crepitaban, abrazando gruesos troncos embadurnados con resina, y se reflejaban en un gigantesco espejo de bronce pulido. Sin atinar a descubrir dónde me encontraba, me acerqué a la muralla y miré hacia abajo.

—¡Cuidado, puedes caerte! —Escuché decir en griego, mientras me sujetaban fuertemente.

—Gracias —respondí sentándome en el suelo, todavía con una fuerte sensación de vértigo.

—Tú debes ser la viajera. La nueva alumna de mi maestra. Xell nos comentó que vendrías a tomar clases y a ayudarme a copiar algunos de los rollos que han llegado recientemente —expresó una muchachita de mi edad y estatura, de ojos grandes y ovalados, y que vestía un peplo blanco.

—¿Conocés a Xell? ¿Estoy en la Atlántida? —inagué emocionada, acercándome otra vez a la muralla. A lo lejos, pude observar tenues y titilantes luces de miles de antorchas que iluminaban una gran ciudad recostada sobre una bahía.

—¿La Atlántida? Ja, ja, ja, ojalá estuviéramos en la isla de Atlas. Debe haber sido un bello lugar. He leído el manuscrito de Platón y uno no puede dejar de imaginarse lo maravillosa que habrá sido.

—Pero... ¿conocés a Xell? —pregunté y la muchacha asintió con la cabeza—. Entonces, si no estamos en Atlántida, ¿dónde estamos?

—¿Acaso has visto en alguna otra ciudad del mundo un faro como este, coronado por una estatua de oro macizo del dios Helios? ¿Estamos en Alejandría!

—¿En serio? ¡No lo puedo creer! —Salté de alegría y abracé a mi locuaz interlocutora.

—Bueno, bueno, cálmate, sé que esta es una ciudad muy conocida, pero no es para hacer tanto escándalo. —Se rio alegremente la joven—. Mi nombre es Helena, como la de Troya. ¿Has leído *La Ilíada*? Hay

una copia en la biblioteca hija, la que funciona en el Serapeum, ya que al parecer el original se quemó en el primer incendio de la biblioteca madre, durante el reinado de Cleopatra VII. Si quieres, mañana, durante el receso, puedo mostrarte dónde está.

—Mi nombre es Claudia.

—Ah, nombre romano. Es lindo, me gusta. Ven, sígueme.

La muchacha, que hablaba por las dos, me tomó de la mano e hizo que descendiera por una gran escalera caracol que recorría el interior de aquel majestuoso faro hasta llegar a una pequeña habitación.

—Hola, padre. Heráclito y Helio acaban de agregar la leña al faro. Ella es Claudia. —Saludó a un hombre entrado en años quien devolvió el saludo, aunque no pareció sorprenderse de mi presencia—. Mi padre es el guardián del faro y aquí vivo. Ponte esta túnica, te quedará. No puedes presentarte a la maestra con esas ropas extrañas.

Mientras me vestía con aquella túnica, Helena se puso mi jeans, aunque de inmediato volvió a sacárselo.

—¡Tu atuendo es muy incómodo! Estoy segura de que adorarás esa túnica. Es de algodón. La compré la semana pasada en Heliópolis, mientras acompañaba a la maestra a visitar a Malukú, el proveedor de papiros. ¿Ves? Te queda maravillosa. Solamente deja que te arregle el cabello. Nadie lo usa así. Te haré una

trenza..., así..., rodeo con ella tu cabeza, la fijo aquí con esta horquilla y aquí con esta otra y... ¡listo! ¡No, espera! Falta algo. Ahora sí, con este brazaletes varios muchachos pensarán que eres Venus encarnada.

Me acerqué a la luz de la antorcha que iluminaba el recinto y, observándome en un espejo de cobre pulido, me gustó lo que vi. Estaba *refashion*.

—Bueno, si quieres, mañana te vuelvo a peinar. Yo le ayudaba a peinarse a mi hermana Hipólita, quien se casó hace un año con un comerciante galileo. Es buena persona. No como los fanáticos, azuzados por Cirilo, quienes apedrearon al prefecto romano Orestes, hace unas semanas. Si no fuera por los guardias que lo protegieron ya hubiera cruzado el Aqueronte con Khárôn⁵. Bueno, es hora de descansar, puedes dormir en la cama de Hipólita. Dejemos la conversación para mañana.

Me recosté en la rústica y muy confortable cama, y mientras escuchaba el lejano murmullo del mar golpeando sobre las rocas de la isla de Faros, miré el cielo estrellado a través de una pequeña ventana inserta en la pared, por la cual ingresaba tímidamente la luz de la luna nueva, y me dormí.

—Arriba, dormilona —expresó Helena sacándome la sábana que me cubría.

⁵ Más conocido como *Caronte*, barquero que ayudaba a las almas errantes a llegar a su destino final.

Con dificultad abrí un ojo y la vi parada junto a mi cama, portando una pequeña lámpara de aceite, y me instó a que la siguiera.

—¿Qué te ocurre? Todavía los gallos deben estar en su quinto sueño —maldije volviendo a cubrirme la cabeza con la sábana.

—Ven, sígueme. No querrás perderte el espectáculo que Helios está a punto de regalarnos. ¡No te arrepentirás!

Ante la persistencia de Helena me levanté y apenas pude vestir mi túnica mientras era arrastrada escaleras arriba, hacia la terraza, donde los grandes leños casi se habían consumido. La noche solo estaba iluminada por las estrellas.

Helena simplemente me indicó que mirara hacia el este, donde se dibujaban los contornos negruzcos de Alejandría, que comenzaba a despertar. Detrás de la ciudad se imponía el lago Mareotis y, más allá, el desierto, sobre el cual se vislumbraba una tenue línea de luz hacia el horizonte. De pronto, majestuoso, como un gigantesco huevo naranja fulgurante, el sol despertó y comenzó a desparramar sus dorados rayos, dando color y vida a todo el paisaje que se extendía bajo mis pies. Maravillada, corrí como chiquilla por toda aquella terraza. El viento comenzó a soplar tenuemente desde el oeste trayendo el fuerte aroma marino que se mezclaba con el de la resina de los leños a punto de transformarse



totalmente en cenizas. Miré hacia el poniente y pronto pude ver, como si fueran juguetes en una inmensa pileta, cientos de barcos de todo tipo y tamaño que con sus multicolores velas infladas se acercaban y alejaban del puerto mientras las aves marinas revoloteaban a su alrededor. Aquella vista de Alejandría, a más de cien metros de altura, era portentosa. No por nada este faro fue considerado como una de las siete maravillas del mundo.

—Podría estar toda mi vida aquí arriba y no me cansaría —expresé atónita.

—Te dije que no te arrepentirías. Lamentablemente, tenemos que bajar de inmediato o llegaremos tarde al Serapeum.

Sin deseos de repetir mi experiencia de llegar tarde al primer día de clases, bajamos nuevamente al cuarto de Helena, nos arreglamos apropiadamente y descendimos la casi interminable escalera del faro. Luego de saludar a los soldados romanos que se encontraban de guardia, partimos a la ciudad. En el trayecto, pasamos por la entrada del templo de Isis, donde las sacerdotisas nos saludaron alegremente.

—¡Vamos! No te quedes atrás —me gritó Helena mientras corríamos por el imponente Heptastadión, el rompeolas de 1407 metros construido en el siglo III a. C., y éramos salpicadas por las olas que rompían a nuestro lado. La experiencia fue única.

Después de atravesar la ciudad entre comercian-

tes de distintas naciones del mundo antiguo, soldados romanos y los más curiosos personajes que se puedan imaginar, llegué sin aliento a la alta puerta de madera ladeada por las murallas que protegían al Serapeum, ubicado en la acrópolis de la colina de Rakotis. Helena saludó a los soldados que custodiaban la entrada. Cuando se disponían a abrirnos las puertas, cuatro hombres se acercaron y nos arrojaron huevos podridos.

—¡No ingresen a ese lugar demoniaco o arderán en el infierno! ¡Arrepiéntanse! —nos gritaron.

—¡Demoniacas sus abuelas! —les respondí, y los guardias acudieron a protegernos—. ¿Qué les pasa a ustedes? ¿No tienen otra cosa que hacer que molestar a los que pretendemos estudiar?

—El único conocimiento valedero es el que nos ha dado Dios al nacer. El resto es obra del demonio para confundir. ¡Arrepiéntanse! —volvió a decir uno de los hombres y arrojó otro huevo que impactó en el escudo de un oficial de la guardia.

—¡Muy valiente, Jonás, al arrojar huevos a estas niñas! ¿Acaso no has escuchado aquello de «amaos los unos a los otros»? —reprendió el militar.

—¿Y tú te dices seguidor del Nazareno? De tu boca saldrá lava hirviendo y arderás junto a los gentiles a quienes proteges —gritó el hombre mientras era apresado junto con sus compañeros.

—¿Están bien? —preguntó el oficial—. No deberías

contestarles de esa manera a esos fanáticos e intolerantes a las creencias diferentes de las suyas. Son muy peligrosos. Lamentablemente, al ser protegidos por el obispo Cirilo, estamos con las manos atadas y poco podemos hacer, además de encerrarlos por unas horas. A la tarde ya estarán por las calles, como ocurrió con quienes apedrearon al prefecto. Les recomiendo que tengan mucho cuidado al caminar por la ciudad. Alejandría se ha vuelto muy peligrosa.

El oficial ordenó nuevamente que se abrieran las puertas y detrás de ellas surgió un bello edificio de arquitectura griega con columnas de mármol. En el interior, un gran salón iluminado por decenas de antorchas, que se reflejaban en el piso de mármol pulido, estaba presidido por una estatua de varios metros de altura del dios sincrético Serapis, algo así como una mezcla, en una sola figura, de diferentes deidades: Apis, Amón, Ptah, por el lado egipcio, y Zeus, por el lado griego. Como si toda esta mezcla no fuera suficiente, a los pies de Serapis se encontraba el temible Cerbero, perro de tres cabezas del dios Hades.

Pasamos por varios salones, ascendimos por una escalera e ingresamos a una habitación bien iluminada y abarrotada de papiros y manuscritos. Una mesa, un cono de Apolonio y un modelo mecánico que representaba la teoría geocéntrica de Ptolomeo, y una cama encima de la cual se hallaban varios papiros extendidos eran

parte de aquel maravilloso recinto de conocimiento.

—¿Helena, eres tú? —preguntó, desde la terraza, una voz que me era muy familiar.

—Sí, maestra, he venido con la viajera.

—Han llegado temprano, justo a tiempo para desayunar conmigo. Pasen.

En la terraza había cuatro grandes macetas con una palmera rebosante de aromáticos dátiles en cada una. Junto a un pequeño estanque se encontraba una mujer cortando flores de lotos. Nos sentamos sobre una banca de mármol, al lado de una mesa con sencillos pero deliciosos alimentos. La mujer, que nos daba la espalda, nos pidió que nos sirviéramos a gusto y siguió cortando lotos y colocándolos en un delicado jarrón.

Sin hacerme de rogar, con un apetito de oso, y olvidándome de mi hedionda túnica manchada con huevos podridos, me serví un trozo de pan con una gruesa rebanada de queso de cabra, mientras Helena servía la leche en unos cuencos. Entonces, la mujer, dándose vuelta, me saludó.

—Bienvenida, viajera. Acepta este presente de mi parte. Mi nombre es...

—Hipatia —dije al mismo tiempo que ella. Era idéntica a mi profesora de Ciencias Sociales.